



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 13

CBX 107 ANTIGUO TESTAMENTO I

Carbajosa Ignacio, Joaquín González Echegaray y Francisco Varo. “El reino de Judá”. En La Biblia en su entorno, 259-276. Estella: Verbo Divino, 2023.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre, 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

CAPÍTULO VIII

EL REINO DE JUDÁ

El itinerario de la expedición del faraón Sesonq en el año 925 a.C., ya mencionada anteriormente, delimitaba lo que en esos momentos eran dos reinos incipientes en Cisjordania. Una vez que, en la sección anterior nos hemos asomado a lo sucedido en el reino del norte, Israel, en los siglos siguientes, ahora nos centraremos en lo acontecido en el sur.

I. JUDÁ, EN LA DOCUMENTACIÓN EXTRABÍBLICA

1. Una tierra pobre y poco poblada

En la región meridional de Cisjordania se puede observar la formación de un pequeño reino que, en su origen, se extendía desde el sur de Jerusalén hasta el Néguev. La primera alusión extrabíblica a sus gobernantes, hasta ahora conocida, es la que se encuentra en la ya mencionada inscripción real aramea de Tell Dan, del siglo IX a.C. donde se habla de un personaje de la «casa de David» (*byt dwd*). Podría tratarse de Ocozías de Judá, aunque no se conserva el nombre.

La ciudad más notable era Jerusalén, que tenía unas murallas de la época del Bronce Medio que, debidamente reparadas y reforzadas poco después del año 1000 a.C., aún seguían sirviendo, así como un buen sistema para el aprovisionamiento de agua a través de un túnel que finalizaba en un pozo del que se podía subir el agua desde la fuente de Guijón. Entre

los siglos IX y VIII a.C. se realizaron algunas construcciones públicas de mediana entidad.

En las regiones del sur, más pobres y mucho menos pobladas que las colinas de Samaría, Yizreel o Galilea, el desarrollo económico y material fue más lento que en el reino del norte. La agricultura se desarrollaba en los alrededores de Jerusalén y en la Sefelá, donde había pequeños poblados con mercado y algunos núcleos de población que iban teniendo un crecimiento moderado. Entre ellos destacan Lakiš, Bet Šemeš y Guézer. En las regiones más meridionales, los poblados amalecitas iban siendo controlados poco a poco por los monarcas de la casa de David. En esa zona, también fueron surgiendo algunos centros administrativos y comerciales dependientes de la capital. Arad, Qadeš-Barnea y Berseba, son los más relevantes.

Los asentamientos agrícolas todavía eran en su mayor parte análogos a los que habíamos descrito en la época premonárquica, y estaban poblados por gentes que subsistían de su ganado y sus plantaciones. En el ambiente semiárido del Négev predominaban los cereales, y en la Sefelá los cultivos de tipo mediterráneo como olivos y viñas. El calendario agrícola del siglo IX a.C. encontrado en Guézer (uno de los más antiguos documentos escritos en hebreo que se conservan) anota el ritmo con el que se suceden las faenas del campo: vendimia, siembra, corte del lino, siega de la cebada, poda y frutos de verano (cf. COS 2.85).

Las grandes rutas comerciales que se iban abriendo y desarrollando en el norte no atravesaban esta región, por lo que apenas llegaban productos del gran comercio. Los mercados eran centros de intercambio de mercancías locales. Mientras en el vecino Israel se construía Samaría y se llenaba de riquezas, las pequeñas poblaciones del reino del sur seguían viviendo muy modestamente. Su reino era pobre, por lo que no alcanzó el protagonismo que sus vecinos del norte tuvieron en la política de la región, ni suscitó las codicias de los grandes imperios, ya que podían sacar más rendimiento a los tributos de otras regiones que a los de estas tierras depauperadas.

2. Ajaz y su tributo a Tiglat-Pileser III

Solo cuando los afanes de grandeza del Imperio asirio despertaron el interés por la posesión y el control efectivos de grandes territorios en

el Próximo Oriente, causando zozobras en los gobernantes locales de los reinos vecinos, comenzamos a tener noticias de los gobernantes de esta región en fuentes extrabíblicas.

El documento más antiguo de los conocidos hasta ahora donde aparece el nombre de este reino y el de uno de sus monarcas es una lista de reyes y gobernantes que pagaron tributo a Tiglat-pileser III de Asiria. Se trata de una inscripción del 729 a.C., encontrada en Nínive y actualmente en el British Museum (K 3751):

[Recibí el tributo de] Kušašpi de Kumuju, de Urik de Qu'e, de Sibitti-be'el de [Gubla...], de Eni-ilu de Jamat, de Panammu de Sam'ala, de Tarjulara de Gurgumu, de Salumal de Miliddu, [... de Uas]surme de Tabal, de Ušjitti de Tuna, de Urpalla de Tujana, de Tujam[me de Ištundi... de M]atanbe'el de Arwad, de Sanipu de Bit-Ammana (Amón), de Salamanu de Ma'aba (Moab), [... de Mi]tinti de Asqaluna (Ascalón), de Ya'ujazu (Ajaz) de Ya'udu (Judá), de Qa'ušmalaka de Udumu (Edom), de Muše [...de J]anunu de Jazatu (Gaza): oro, plata, estaño, hierro, plomo, vestidos multicolores y de lino, vestidos de su país, púrpura roja, [toda clase de cosas] preciosas, productos del mar y de tierra firme, cosas deseables de su país para un tesoro real, caballos, mulos de tiro (COS 2.117B, lin. R. 7'-13').

El elenco deja constancia del pago de un tributo por parte de Ajaz de Judá, lo que permite verificar que, en esos momentos, contaba con la protección de Asiria sometiéndose a su vasallaje.

3. Amenazas asirias: Senaquerib y Ezequías

Cuando Salmanasar V emprendió la campaña que sería decisiva contra Samaría y los últimos reductos del reino de Israel, los egipcios, que veían con recelo la extensión del poder asirio, prometieron ayuda a la resistencia antiasiria, tanto en la franja costera como en el interior. Pero Salmanasar V murió en el curso de esa campaña, y su hijo Sargón II se hizo con el poder, culminando la toma de Samaría y organizando la deportación. El temor fue creciendo entre los reinos vecinos, ya que no se conformaba con el pago de tributos sino que exigía la completa sumisión.

Cuando Sargón II murió y le sucedió Senaquerib, el rey de Jerusalén que, desde el reinado de Ajaz hasta esos momentos, pagaba tributo a

Asiria pensó que era mejor buscar apoyos en otra parte. Para garantizarse ayuda en caso de necesidad buscó la colaboración de Egipto. Según parece, hacia el año 704 a.C. el monarca judío, organizó una coalición contra los asirios apoyada por Egipto, y de la que formaban parte algunas ciudades filisteas, a la vez que reforzaba sus defensas para estar preparado ante una eventual, pero muy probable, respuesta.

En esos momentos la ciudad de Jerusalén estaba teniendo un notable crecimiento demográfico debido, tal vez, a la llegada de un buen número de refugiados del reino de Israel que emigraban hacia el sur, atemorizados por las destrucciones y las deportaciones masivas que estaban llevando a cabo los asirios en los terrenos que habían conquistado. En poco tiempo se fueron construyendo muchas viviendas en sus alrededores, sobre todo en las laderas de la colina occidental. Se calcula que en menos de cincuenta años, Jerusalén pasó de los mil habitantes que tenía desde hacía mucho tiempo, a los quince mil habitantes a finales del siglo VIII a.C.

Un incremento notable de población tuvo lugar también en las regiones agrícolas más fértiles. Quedan numerosos restos arqueológicos que atestiguan un gran crecimiento en la producción de vino y aceite en la Sefelá, que abastecían tanto a las ciudades filisteas de la costa, como a los palacios que los asirios habían construido en las zonas ocupadas en el antiguo reino del norte, como al consumo de la ciudad de Jerusalén. Se han encontrado factorías dotadas de piedras de moler aceitunas, y muchas ánforas para esos productos, entre las que destaca un buen número de ellas con el sello «lmlk» (del rey) y la indicación del lugar de procedencia (cf. COS 2.77). También se han encontrado los sellos de los funcionarios encargados de su distribución y venta. Uno de ellos era Sobná, bien conocido por el libro de Isaías.

A medida que crecía la población y la riqueza de las comarcas más aptas para la agricultura, se fueron colonizando también las regiones más áridas del sur, en el Néguev. Se fueron construyendo algunas fortalezas que servían para salvaguardar la frontera meridional y controlar las rutas caravaneras, que en ese tiempo ya llevaban hasta esa zona el gran comercio de los productos surarábigos.

Este rápido y notable crecimiento supuso un fuerte incremento de riqueza que permitía afrontar nuevas construcciones y reclamaba la necesidad urgente de algunas obras públicas. Cuando se interrumpió el pago

del tributo a los asirios, se invirtieron grandes sumas en mejorar las fortificaciones de Jerusalén mediante la construcción de nuevas murallas que pudieran albergar en su interior a los nuevos barrios recientemente surgidos. Además, como abastecer de agua a tanta gente, en caso de asedio, sería muy difícil con el único pozo existente sobre la fuente de Guijón, se construyó una alberca en Siloé y se excavó un gran canal, que condujera el agua desde esa fuente hasta la nueva alberca. Ese canal tiene 512 m de longitud y todavía hoy se conserva en perfecto estado. En él se ha encontrado una inscripción de la época, escrita en hebreo, que explica algunos detalles de su excavación. También se construyeron algunas otras fortalezas para defender el reino.

Senaquerib, como era previsible, organizó una campaña espectacular contra la coalición que había organizado el rey de Jerusalén. Las tropas asirias conquistaron el territorio filisteo, y entraron a Judá por la Sefelá. El Prisma Hexagonal de arcilla de Senaquerib proporciona algunos detalles de estas campañas:

Continuando mi campaña puse sitio a Bet-Dagón, Joppe, a Hanai-Barqa y Azuru, ciudades pertenecientes a Sidqia, que no se habían postrado pronto a mis pies. Las conquisté y me llevé su botín. Y los magistrados, jefes y pueblo de Eqrón que habían encadenado a Padi, su soberano, leal al juramento prestado al dios Ašur, y le habían entregado a Ezequías de los judíos, el cual le tuvo encadenado como si fuera un enemigo, y se asustaron y pidieron ayuda a los reyes de Mu-su-ri (Egipto), y a los arqueros, los carros y la caballería del rey de Etiopía, ejército innumerable, que acudieron para auxiliarlos. Estos se dispusieron en línea de combate contra mí, preparando sus armas en la llanura de Elteqeh. Y yo, confiado en un oráculo favorable de Ašur, mi señor, les hice frente y los derroté. Y en el fragor de la batalla capturé vivos a los aurigas egipcios con sus príncipes, y también a los aurigas del rey de Etiopía. Puse sitio a Elteqeh y a Timmah, las conquisté y me llevé su botín. Luego atacué a Eqrón y di muerte a los magistrados y jefes que habían cometido el crimen, y empalé sus cadáveres en estacas que rodeaban la ciudad. Y a las gentes del pueblo culpables de delitos menores los tomé como prisioneros. Al resto de ellos, que no eran responsables de crímenes ni de malas acciones los dejé libres. Hice que Padi, su rey, volviera de Jerusalén, y lo restablecí en el trono como soberano sobre ellos, imponiéndole un tributo de reconocimiento de mi superioridad. En cuanto a Ezequías el judío que no se había sometido a mi yugo, le asedié cuarenta y seis de sus ciudades fuertes, baluartes y aldeas de los alrededores, y las conquisté mediante terraplenes y arietes de cerco, combinados con un ataque de

hombres a pie, utilizando minas y brechas. Y les tomé como botín doscientas mil ciento cincuenta personas, jóvenes y viejos, hombres y mujeres; caballos y mulos, asnos, camellos, ganado mayor y ganado menor sin número. Y a él mismo lo encerré en Jerusalén, su residencia real, como pájaro en su jaula. Edifiqué contra él torres y castigué a todo el que salía de la gran puerta de la ciudad. Y las ciudades que yo había saqueado las separé de su país y se las di a Mitinti, rey de Ašdod, y a Padi, rey de Egron, y a Silli-bel, rey de Gaza. De este modo disminuí su país, pero aumenté el tributo y los presentes debidos a mi superioridad, imponiéndole tributos además de los tributos anteriores que debían pagarse cada año. Y Ezequías, abrumado por el esplendor y el terror de mi majestad y abandonado por sus soldados más selectos y otros irregulares, que había concentrado en Jerusalén para reforzarla, me hizo llegar a Nínive, mi ciudad señorial más tarde: treinta talentos de oro, ochocientos talentos de plata, piedras preciosas, piedra de pórvido, lechos de marfil, tronos de marfil, dientes de elefante, madera de ébano y de toda clase de objetos preciosos, con sus hijas, concubinas, músicos y cantoras. Y envió su embajador para entregar el tributo y mostrar su sumisión (COS 2.119B; ANET, 287-288).

En esta inscripción se menciona el nombre del rey de Jerusalén, Ezequías, al que se califica de «el judío».

Las excavaciones arqueológicas de los lugares mencionados confirman esas devastaciones en las ciudades filisteas y en la Sefelá. Especialmente llamativa fue la conquista de Laquiš inmortalizada en un gran relieve aún conservado donde se reproduce con toda fidelidad la topografía de la ciudad durante su asedio, incluso con el terraplén construido por los asirios para acceder a ella, y que aún hoy puede verse en las excavaciones. En cambio, como la propia inscripción lo da a entender, las defensas de Jerusalén resultaron ser suficientemente eficaces, ya que obligaron a establecer un largo asedio. Finalmente, los asirios no pudieron prolongarlo más y levantaron el cerco, contentándose con un fuerte tributo.

El modo en que los asirios se comportaron con Jerusalén constituye lo que, a partir de esos años, fue la práctica asiria habitual. A diferencia de su política anterior, ya no ponían todo su empeño en convertir en provincias asirias los reinos que estaban en los límites de su imperio, sino que preferían respetar su independencia a cambio de que le permanecieran fieles y le pagasen tributo. En realidad, a Asiria le interesaba más conquis-

tar Egipto que Judá, y para eso necesitaba circular por territorio judío y por la costa con el apoyo de su población, sin gastar energías en su sometimiento. Así que les resultaba mucho más rentable contentarse con que Judá fuese un leal vasallo. En esas circunstancias, con el pago del vasallaje se mantuvo una situación de cierta paz y continuó el crecimiento de Jerusalén, que en estos momentos ya alcanzaba la grandeza de una verdadera capital.

4. Manasés, vasallo de Asiria

Ese periodo de vasallaje sereno se prolongaría durante los reinados de Asarhaddon y de Asurbanipal, durante unos cincuenta años. En documentos oficiales de ambos se menciona la colaboración material prestada por Manasés, rey de Judá, a sus requerimientos.

El primero corresponde a la crónica de la campaña llevada a cabo por Asarhaddon en la región siro-palestina recabando apoyos de sus vasallos para la construcción de su palacio:

Convoqué a los reyes del país de Hatti y del otro lado del río [Éufrates], Ba'alu, rey de Tiro; Manasés, el judío; Kaušgabri, rey de Edom; Musuri, rey de Moab; Silbel, rey de Gaza; Mitinti, rey de Ascalon; Ika'usu, rey de Ekrón [...] a todos di órdenes y arrastraron penosamente y con dificultades desde las montañas donde se encuentran hasta Nínive, mi real ciudad, grandes vigas, postes altos, traviesas alargadas de cedro y ciprés, producto del monte Sísara y del monte Líbano (ANET, 291).

El segundo, junto con casi los mismos reyes vasallos, corresponde a la campaña de Asurbanipal contra Egipto:

En el curso de mi campaña trajeron ante mí su importante presente y besaron mis pies, Ba'alu, rey de Tiro; Manasés, rey de Judá; Kaušgabri, rey de Edom; Musuri, rey de Moab; Silbel, rey de Gaza; Mitinti, rey de Aškelon; Ikasamsu, rey de Ekrón [...] (ANET, 294).

Sin embargo, en la segunda mitad del siglo VII a.C. el afán de grandeza imperial de Asurbanipal había decaído, y la inactividad del monarca, ya anciano, anunciaba el declive del poder asirio en todo el Próximo Oriente.

5. Decadencia de Asiria y esperanzas de afirmación nacional

En cambio, una nueva potencia estaba surgiendo en esos momentos. Un líder caldeo llamado Nabopolasar se proclamó rey de Babilonia el año 625 a.C., e hizo que la resistencia a los asirios se hiciera aún más dura de lo que siempre había sido en la Baja Mesopotamia. El apoyo que encontró en Ciaxares, rey los medos, para luchar contra los asirios resultaría decisivo. Logró reunir un ejército fuerte y fue expulsando a los asirios de toda esa región. Luego continuó su avance entre el Tigris y el Éufrates. Pronto fueron saqueadas las grandes ciudades: primero Assur en el 614 a.C., dos años después Nínive, y más adelante las demás poblaciones de importancia. En poco tiempo, el corazón del gran Imperio asirio quedaba desolado y reducido a ruinas.

Mientras tanto Egipto quiso aprovechar el desmoronamiento del Imperio asirio. El faraón Neco II emprendió en el año 609 a.C. una expedición a través de la franja costera y de Yizreel hasta llegar a Siria y el Éufrates, con la intención de cortar ahí el paso a los caldeos, y retomar el control de Siria y Palestina, a lo que Egipto no había renunciado a pesar de haberlo perdido hacía ya varios siglos. Pero no lo consiguió, ya que sus tropas fueron derrotadas en Karkemiš y Hamat por los caldeos, mandados por Nabucodonosor II, que había sustituido en el trono a Nabopolasar.

Durante la decadencia del Imperio asirio hasta su derrumbamiento final, y mientras los caldeos luchaban en Mesopotamia por controlar la situación, es decir, entre el 640 y el 605 a.C., los estados vasallos de Asiria, como era el caso de Judá, se vieron aliviados del control al que habían estado sometidos y recuperaron su capacidad de llevar a cabo acciones individuales. De una parte, no eran urgidos a realizar sus pagos establecidos, por lo que disponían de mayores recursos para destinar a sus propias necesidades, y por otra los ejércitos imperiales ya no tenían capacidad de llegar a sofocar las operaciones que no fuesen de su agrado. En esos años, Tiro llevó a cabo una estrategia de expansión comercial y marítima. Los ammonitas lograron dar un gran impulso de la construcción de fortalezas que consolidaron y ampliaron su reino.

También en Judá las excavaciones arqueológicas atestiguan la construcción de nuevas fortalezas y puestos de defensa avanzados en todas las direcciones, tanto hacia el este, en las zonas desérticas junto a la orilla del mar Muerto, como hacia el sur donde se mejoraron las construcciones de

Berseba, Aroer, Arad, Qadeš-Barnea, o Kuntillet-Ajrud, e incluso bien adentro del desierto del Sinaí. Pero sobre todo, el repliegue asirio permitió una ampliación hacia la costa y facilitó avances hacia el norte, más allá incluso de Betel, en el territorio que antes había sido el solar del reino de Israel, que permitían soñar en el establecimiento de un reino que ocupase todos los territorios antes habitados por los israelitas.

6. Caída de Jerusalén y deportación a Babilonia

Una vez que Nabucodonosor II venció en Karkemiš a egipcios y asirios en el 605 a.C., logrando así el control de Mesopotamia, comenzó una serie de campañas anuales con el objetivo de ir haciéndose con el control de las provincias asirias de Siria y Palestina, y, una vez dominadas, conquistar también los estados que se habían mantenido independientes, aunque como vasallos de Asiria. Entre ellos estaba Judá, y le llegó su turno.

En el mes de Kislew (diciembre) del año séptimo de su reinado, es decir el 598 a.C., Nabucodonosor II inició una nueva campaña en la región de Siria-Palestina. En el curso de ella asedió Jerusalén y el rey de Judá decidió rendirse muy pronto: el día 2 del mes de Adar (febrero-marzo) del año siguiente, el 597 a.C. El monarca fue hecho prisionero y deportado a Babilonia junto con todas las personas que podían ser influyentes, para alejar todo peligro de una rebelión. También se le impuso un fuerte tributo a su reino. En la Crónica babilónica se dice lo siguiente sobre este asedio de Jerusalén:

En el año séptimo, en el mes de Kislew, el rey de Akkad reunió sus tropas y se puso en marcha hacia el país de Hatti (Siria-Palestina). Puso sitio a la ciudad de Judá; y el día segundo del mes de Adar se apoderó de la ciudad; e hizo prisionero al rey. Designó luego un rey según su corazón y le impuso un fuerte tributo, y lo envió a Babilonia (ABC 5,11'-13').

Además, en un elenco administrativo de personajes que estaban en Babilonia durante el reinado de Nabucodonosor II figura el nombre del rey:

Yeoakin, rey del país de Judá... y los hijos de los reyes de Judá (ANET, 308).

Mientras tanto, la vida en Jerusalén siguió su curso normal, adaptándose a la nueva situación. Incluso se llevaron a cabo construcciones de nuevas casas en la colina del Ofel cerca del templo y del palacio real. Entre ellas la «casa de Ahiel», la «casa quemada», la «casa de los bloques tallados», y la llamada «casa de las bulas» por la gran cantidad de sellos encontrados allí en las excavaciones, en los que figuran muchos nombres propios de tipo yahvista, entre ellos Gemaryahu hijo de Safán (mencionado en Jr 36,10-12).

El ambiente político en Jerusalén estaba muy caldeado por el debate acerca de si convenía someterse a los caldeos o si era mejor hacerles frente. Nabucodonosor II se dirigió de nuevo hacia la ciudad. Mientras tanto las ciudades judías buscaban el apoyo de Egipto. En la puerta-torre de Lakiš han aparecido varios *óstraka* con mensajes de campaña que permiten hacerse una idea del esfuerzo que se estaba realizando por defenderse del avance de las tropas babilónicas. Se mencionan también muchos nombres yahvistas. En alguno de ellos se alude también a las relaciones con Egipto:

Tu siervo Oseas ha escrito para informar a mi Señor Yaoš: ¡Que Yahvé haga oír a mi señor noticias de paz! E ilumine, te pido, el ojo de tu siervo a propósito de una carta que enviaste a tu siervo ayer. Porque el corazón de tu siervo está abatido desde que escribiste a tu siervo y porque mi señor ha dicho: «¡Tú no sabes leer una carta! Llama a un escriba». Pero por la vida de Yahvé que nadie intentó leerme una carta. Además, cualquier carta que me llegare, si la he leído, yo puedo repetirla a la letra. Se ha informado a tu siervo diciendo: «El jefe del servicio de Koniyahu, hijo de Elnatán, ha bajado a Egipto y ha enviado a Hodawyahu, hijo de Ajiyahu y sus hombres para obtener avituallamientos». En cuanto a la carta de Tobyahu, servidor del rey, que ha llegado a Šallum, hijo de Yaddua, de parte del profeta, diciendo: «¡Ten cuidado!», tu siervo la ha trasmitido a mi señor (COS 3.42B; ANET, 321).

Las tropas caldeas pusieron un nuevo cerco a Jerusalén en el año 589 a.C., que duraría unos dos años. Finalmente las tropas entraron en la ciudad al mando de Nebuzardán y Nergal-usur en verano del 587 a.C., demolieron sus murallas y saquearon el templo. Los restos arqueológicos confirman la destrucción, también de las nuevas casas del Ofel.

Lo que había pasado con la capital, fue lo que sucedió también con muchas de las grandes ciudades de Judá: fueron destruidas. Las zonas de avanzadilla que se habían ido fortificando en el Néguev y la Arabá se

fueron despoblando y sus poblados desaparecieron o quedaron a merced de los edomitas. En cambio, las poblaciones y fortalezas situadas hacia el norte de Jerusalén siguieron siendo usadas. La población campesina también pudo permanecer en sus tierras.

II. LOS REYES DE JUDÁ

Hasta aquí hemos presentado una síntesis de los eventos más relevantes acaecidos en el reino de Judá, así como de sus protagonistas, en la medida en que se pueden conocer a partir de los hallazgos arqueológicos y las inscripciones contemporáneas a los hechos que se han encontrado hasta el momento. En este primer acercamiento, al igual que hicimos para la historia del reino de Israel, hemos prescindido deliberadamente de lo que dicen los textos de la Biblia, para ofrecer un panorama histórico independiente de ellos.

En cualquier caso, esos textos contienen un gran arsenal de información que, una vez sometido a una crítica literaria e histórica rigurosa, permite conocer muchos más detalles de lo acontecido. Ahora nos ocuparemos de esa tarea, completando lo antes narrado con nuevos hechos y personajes, muy posiblemente reales, pero de los que hasta el momento no se han encontrado menciones directas en inscripciones de la época.

1. Roboam y sus sucesores bajo la amenaza de Israel

Regresemos, pues, a Jerusalén en los orígenes de la monarquía. Tras la muerte de Salomón, le sucedió su hijo Roboam (931-914 a.C.). Las gentes de las colinas de la región central, decidieron emprender la historia por su cuenta, como ya vimos al hacer la historia del reino del norte. En cambio, la tribu de Benjamín, muy cercana a Jerusalén, mantuvo buenas relaciones con Roboam y con sus sucesores (cf. 1 Re 12,21). Su reino, sería, pues, de unas dimensiones más bien reducidas y durante bastante tiempo tendría escasa relevancia en el conjunto de la zona. Cuando Roboam llevaba unos cinco años en el trono, el paso de la expedición del faraón Sesonq supuso un fuerte contratiempo, ya que, aunque su territorio no sufrió destrucciones, sí que fue obligado a pagar un fuerte tributo para financiar la campaña (cf. 1 Re 14,25-26).

A Roboam lo sucedió en el trono su hijo Abiam (914-911 a.C.) y a este su hijo Asá (911-871 a.C.). En esta época el reino del norte iba creciendo y reforzándose, y el panorama que presenta la arqueología, con Judá mucho más pobre y menos desarrollada que sus vecinos, invita a pensar que en Jerusalén se vivía bajo la amenaza de verse sometidos a Israel. Para proteger los poblados situados cerca de la frontera con Israel, Asá quiso reforzar sus posiciones en la zona, y para eso se enfrentó con Basá, rey de Israel. Consciente de su inferioridad militar tuvo que pedir ayuda al rey de Damasco, ofreciéndole un fuerte tributo, para contar con su colaboración. En virtud de este acuerdo, Ben-Hadad de Damasco invadió el norte de Galilea, por lo que Basá de Israel tuvo que salir a su encuentro, dejando desprotegida su región meridional, que fue atacada por Asá de Judá (cf. 1 Re 15,18-22).

Los reyes siguientes aparecen ya al servicio de sus poderosos vecinos, como si fueran vasallos, apoyando sus acciones expansionistas. Así sucede con Josafat (871-848 a.C.), que ayuda a Ajab cuando este quería controlar Ramot-Galaad (cf. 1 Re 22,2-4) y a Joram de Israel cuando ataca a Meša de Moab, contando también con la ayuda del vasallo rey de Edom (cf. 2 Re 3,1-27).

El hijo de Josafat, Joram de Judá (848-841 a.C.), se casó con Atalía, hija de Ajab y hermana de Joram de Israel, dentro de la estrategia de política matrimonial y de paz con los vecinos diseñada por los reyes de la casa de Omrí.

El hijo de Joram de Judá, Ocozías (841 a.C.), prestó ayuda a su tío Joram de Israel en el nuevo asedio a Ramot-Galaad, y cuando lo acompañaba en la casa de Yizreel mientras Joram de Israel se curaba de las heridas recibidas en el asedio, ambos fueron asesinados por Jehú (cf. 2 Re 8,28-29; 9,27-29). Como se recordará este es el episodio al que se alude en la estela de Tell Dan, donde no aparece completo el nombre de Ocozías pero sí se dice que era «de la casa de David». Cuando Ocozías, rey de Judá, murió, su madre Atalía intentó asesinar a todos sus posibles descendientes y tomó el mando ella misma (cf. 2 Re 11,1).

Tras siete años de gobierno de Atalía (840-835 a.C.), accedió al trono Joás (835-796 a.C.) apoyado por el sacerdote Yehoyadá (cf. 2 Re 11,1-12,2). Se encargó de que se realizaran reparaciones en el templo, y tuvo que pagar un fuerte impuesto a Hazael de Siria, para intentar con-

vencerlo de que desistiera en su intento de asediar Jerusalén cuando regresaba victorioso de una campaña contra Gat (cf. 2 Re 12,18-19). Murió asesinado por algunos de sus oficiales, y lo sucedió su hijo Amasías.

Amasías (796-767 a.C.) consiguió reforzar su ejército y logró una victoria sobre los edomitas, a los que conquistó Petra (cf. 2 Re 14,7). Animado por esta victoria se atrevió a desafiar al rey Joás de Israel, aprovechando que en esos momentos el vecino reino del norte había perdido gran parte del poderío del que había gozado no mucho antes. Sin embargo, la diferencia aún era muy grande, por lo que sufrió una derrota humillante. Joás lo hizo prisionero en Bet-Semeš y lo llevó a Jerusalén, donde lo dejó abandonado, tras haber derribado sus murallas, saqueado el templo y haberse llevado prisioneros (cf. 2 Re 14,13-14). Amasías vivió los últimos quince años de su reinado en esa situación, inutilizado, hasta que hubo una conspiración contra él, y tuvo que huir a Laquís, donde fue asesinado (cf. 2 Re 14,19-20).

Uno de sus hijos, Azarías (767-739 a.C.), también llamado Uzías, sería designado por el pueblo como su sucesor (cf. 2 Re 14,21), pero contrajo la lepra y pasó sus últimos ocho años, hasta su muerte, en una casa retirada, mientras su hijo Jotam se encargaba de gobernar el reino (cf. 2 Re 15,5).

A su muerte, Jotam (739-734 a.C.) fue proclamado rey. En esos años la situación política en el Próximo Oriente era complicada. Como ya se había indicado, desde la subida al poder de Tiglat-pileser III de Asiria el 745 a.C. se había iniciado un cambio en el panorama de la región, que sería muy notable, y pronto su creciente poderío comenzó a preocupar grandemente a los reinos de la zona.

2. Ajaz

Cuando Ajaz (734-728 a.C.) accedió al trono de Judá, las tropas de Resín de Damasco y Pécaj de Samaría ya habían entrado en territorio de Judá y se dirigían hacia Jerusalén en busca de apoyos para hacerle frente. Ante el inminente peligro de perder su autonomía si se sumaba a esa coalición antiasiria, decidió resolver la situación desde la perspectiva contraria.

Se dirigió directamente a Tiglat-pileser III pidiéndole que interviniera, a cambio de pagarle un tributo. Era la ocasión que el monarca asirio

esperaba para hacer frente a Siria e Israel, y con esa excusa comenzó las campañas militares contra ambos que terminarían primero con la conquista de Damasco y después con la rendición definitiva de Samaría y la caída del reino de Israel.

Nada más tomar los asirios Damasco, Ajaz se trasladó hasta allí para hablar con Tiglat-pileser III y manifestarle su sumisión. Cuando regresó introdujo algunas modificaciones en el altar del templo, para ajustarlo a lo que había visto en Damasco (cf. 2 Re 16,10-18).

Mientras tanto, un número considerable de refugiados israelitas fue llegando a Judá, escapando del peligro asirio que los amenazaba, y muchos de ellos fueron asentándose en Jerusalén. Tras la caída de Samaría los que pudieron escapar de manos los asirios también buscarían refugio allí.

3. Ezequías

Poco después de que Ezequías (728-698 a.C.), su hijo, subiera al trono la población de Judá comenzaría a aumentar con la llegada de gentes procedentes del reino del norte que huían ante el empuje asirio. Jerusalén fue creciendo, y las regiones agrícolas, con más mano de obra, produjeron mayores riquezas. El reino se iba consolidando y llegó a gozar de una notable prosperidad material. En esas circunstancias pensó que ya no era necesario pagar el tributo a Asiria que su padre venía ofreciendo y dejó de hacerlo. A la vez inició una política alternativa al vasallaje asirio, buscando la amistad con Egipto y con el caldeo Merodac-Baladán (cf. 2 Re 20,12-13). Convencido de que los asirios reaccionarían, fortificó ciudades, reforzó las defensas de Jerusalén y la preparó para resistir un fuerte asedio.

En efecto, la reacción asiria no se hizo esperar. En cuanto el nuevo rey asirio Senaquerib tuvo noticia de lo que estaba sucediendo, emprendió una campaña contra las ciudades filisteas que, instigadas por Ezequías y con el apoyo recibido de Egipto, se habían rebelado contra él, y posteriormente se dirigió directamente contra el reino de Judá hasta poner sitio a Jerusalén; era el año 701 a.C. Al final la ciudad logró salvarse sin ser saqueada, pero hubo de pagar un fuerte tributo, que se renovó cada año durante todo el resto de su reinado, y se mantendría aún durante varias décadas. Los hechos, además de en la documentación asiria antes citada, están narrados con bastante detalle en los textos bíblicos (cf. 2 Re 18,1-19,37).

Le sucedió su hijo Manasés (698-643 a.C.) y a este su hijo Amón (642-640 a.C.) que continuaron pagando tributo de vasallaje a Asiria. Amón fue asesinado por unos oficiales del reino, que a su vez fueron ejecutados por la gente del pueblo, que proclamó rey a su hijo Josías. Se inicia así uno de los momentos más importantes en la historia de Judá.

4. Josías

Josías (640-609 a.C.) accedió al trono muy joven, y se encontró con un reino que en los largos reinados de Ezequías y Manasés había ido creciendo y reforzándose tanto en el aspecto económico como en el organizativo. Era vasallo de Asiria, a la que pagaba tributo desde que Senaquerib había levantado su asedio a Jerusalén en su campaña del 701 a.C., pero la nueva política asiria de dejar autonomía a sus reinos vasallos había permitido a Ezequías, primero, y a Manasés, después, gestionar bien sus recursos, y también impulsar la construcción nacional.

Cuando Josías comenzó a reinar, el rey asirio Asurbanipal ya era anciano, y era evidente el declinar de su imperio. Había cesado su actividad expansionista, y cada vez tenía más dificultades para recaudar los impuestos de los reinos vasallos. Esto permitiría a Josías utilizar esos fondos para llevar a cabo importantes obras públicas en Jerusalén, restaurando el templo, y arreglar fortalezas. Logró reforzar sus posiciones por el sur, y ampliar los dominios de su reino por el oeste recuperando el control de Laquís y Guézer, en la Sefelá, y también hacia el norte avanzando hasta Betel y haciendo sentir su influencia incluso más al norte, en territorio de la provincia asiria de Samaría.

Su labor más importante fue, no obstante, de tipo social y religioso, pues llevó a cabo una amplia reforma que tendría como núcleo fundamental la centralización de todo el culto a Yahvé en el templo de Jerusalén (cf. 2 Re 22,3-23,25). A la vez, llegó a concebir el proyecto de crear un gran reino donde se integraran todos los que desde antiguo daban culto a Yahvé, desde las regiones más septentrionales de Galilea a las más meridionales de Judea. Sin embargo, este proyecto, que tal vez podría haberse llevado a cabo aprovechando el hundimiento del Imperio asirio ante el empuje de los caldeos a partir del 614 a.C., quedaría truncado por su pronta muerte y por el rápido cambio que se estaba gestando de toda la situación general en la zona.

En el año 609 a.C., el faraón Neco había emprendido una expedición a través de la franja costera y de Yizreel con el propósito de cortar el paso a los caldeos en Siria y el Éufrates, y retomar el control de Siria y Palestina que siempre había estado entre los proyectos de Egipto. Josías salió a hacerle frente, pero sus tropas fueron derrotadas en Meguidó y él mismo resultó herido y murió (cf. 2 Re 23,29 y 2 Cr 35,20-24).

A partir de ese momento, comienza en Judá un periodo de desconcierto y confusión, ya que perdió de nuevo su independencia, apenas recuperada por Josías ante el declive asirio. Ahora, aunque por poco tiempo, sería el faraón vencedor, Neco, quien tomaría el control.

5. Últimos reyes de Judá, hasta la deportación a Babilonia

A Josías lo había sucedido su hijo Joacaz en el 609 a.C., pero cuando solo llevaba tres meses en el trono, Neco lo hizo prisionero y se lo llevó a Egipto para impedir que reinara. En su lugar puso a otro hijo de Josías, Eliaquim, a quien cambió el nombre a Yoyaquim (609-598 a.C.) como manifestación de su dominio, y lo dejó en Jerusalén con la intención de que recaudara impuestos para pagar su vasallaje a Egipto.

Sin embargo, Egipto perdió pronto su control sobre Palestina ante la presión de los caldeos, que ya iban constituyéndose como el nuevo gran imperio de la zona, y Judá recuperó brevemente su independencia, que Yoyaquim intentó mantener en los últimos años de su reinado pagando un nuevo tributo, ahora a los caldeos, que ya dominaban la franja costera siro-palestina.

A los tres años de estar pagando este vasallaje a los caldeos, decidió interrumpir sus pagos y probar suerte, pero no la tuvo. Nabucodonosor II, que había subido al trono de Babilonia, fue a pedirle cuentas. Mientras llegaba, Yoyaquim murió y le sucedió su hijo Yoyaquín (597 a.C.) que, al verse asediado en Jerusalén por los caldeos se rindió inmediatamente sin prestar resistencia para evitar males mayores. Nabucodonosor saqueó el templo, y se llevó cautivos a Babilonia a la familia real, los altos funcionarios y militares, así como a los artesanos especializados, es decir, todos aquellos con capacidad de organizar al pueblo, construir defensas o promover una rebelión contra ellos (cf. 2 Re 24,10-16).

Para gobernar Judá al servicio del rey de Babilonia, Nabucodonosor eligió como rey vasallo a otro hijo de Josías, y por tanto tío de Yoyaquín,

llamado Matanías, al que como señal de sumisión cambió el nombre a Sedecías (597-587 a.C.) (cf. 2 Re 24,18). Sedecías acató al principio esa sumisión, pero después su fidelidad a los caldeos se fue debilitando al no tener el apoyo de los notables del reino que permanecían en Jerusalén y en las ciudades de Judá, y que estaban divididos. Unos eran partidarios de la rebelión, confiando en las propias fuerzas y el apoyo de Yahvé, y parece que hacia estos se inclinaba Sedecías. Otros pensaban que era preferible pedir ayuda a Egipto para sacudirse el yugo babilónico. Por último, no faltaban los que, como Jeremías, afirmaban que era necesario aceptar el vasallaje ante los caldeos. Mientras tanto, la vida normal seguía llena de vitalidad en Jerusalén, aunque con la inquietud que suponía lo imprevisible del futuro inmediato.

Finalmente Sedecías optó por rebelarse contra el rey de Babilonia. Las tropas caldeas se pusieron en marcha hacia Jerusalén. Mientras tanto las ciudades judías buscaban el apoyo de Egipto. Los babilonios, tras conquistar las fortalezas judías de la Sefelá, pusieron de nuevo cerco a Jerusalén en el año 588 a.C. El asedio de Jerusalén fue temporalmente suspendido por la intervención de las tropas del faraón Jofra (Jr 37,5-10), que habían acudido a la llamada de auxilio, pero que tuvieron que retirarse pronto sin lograr que se marcharan los caldeos. Cuando la ciudad llevaba dos años sitiada, el rey Sedecías logró huir por el Cedrón con algunos soldados, pero fue alcanzado junto a Jericó y conducido a Riblá, donde estaba el cuartel general de Nabucodonosor. Sus hijos fueron degollados en su presencia, y a él, después de arrancarle los ojos y encadenarlo, lo llevaron a Babilonia donde murió (cf. 2 Re 25,4-7 y Jr 39,1-7).

Jerusalén resistió unos meses antes de su rendición total en el 587 a.C. Los babilonios decretaron una nueva deportación. El templo fue incendiado y las murallas destruidas (cf. 2 Re 25,8-17). Un grupo importante de funcionarios de Judá fueron ajusticiados en Riblá, y muchos otros fueron deportados (cf. 2 Re 25,18-21). Las cifras de los que marcharon al exilio no son excesivamente altas. En el libro de Jeremías dice que la primera deportación (597 a.C.) afectó a tres mil veintitrés judíos, la segunda (587 a.C.) fue de ochocientos treinta y dos, y menciona una tercera, cinco años después, de setecientas cuarenta y cinco personas (cf. Jr 52,28-30). No fueron dispersados por el imperio, sino llevados a Babilonia y sus alrededores y, a diferencia de las deportaciones que habían hecho los asirios

en tiempos anteriores, no se consta que fueran instaladas en Judá gentes procedentes de otros lugares.

Los babilonios se portaron bien con Yoyaquín, que se había rendido en el primer asedio sin manifestar resistencia. En Babilonia fue tratado con humanidad como un prisionero respetable. Cuando murió Nabucodonosor, su sucesor Evil-Merodac dictó una amnistía con motivo de su acceso al trono de la que se benefició Yoyaquín, al que se le reconoció el título de rey de Judá (cf. 2 Re 25,27-30).

6. El gobierno de Godolías en Mispá

Los babilonios dejaron a Godolías, protector y amigo de Jeremías, como gobernador con sede en Mispá (cf. 2 Re 25,22-23). Con él quedaron aquellos que en los debates de los años anteriores se habían inclinado por aceptar el vasallaje caldeo. Nabucodonosor premió la fidelidad de Jeremías dejándole libre de hacer lo que quisiera y proporcionándole medios de subsistencia (Jr 39,11-14). Los que quedaron en Mispá acordaron aceptar el sometimiento al dominio caldeo y, a la vez, trabajar por la reconstrucción del país en lo económico y en lo social (cf. 2 Re 25,24).

Pero el nuevo gobierno duró poco, ya que un grupo de personajes emparentados con la familia real, que durante el asedio a Jerusalén se habían mantenido lejos, escondidos en fortalezas periféricas, se presentaron armados en Mispá y mataron a Godolías y a los que encontraron con él.

Tampoco ese grupo logró hacerse con el mando, ya que el pueblo llano, asustado ante un eventual castigo de los caldeos, se levantó contra ellos y tuvieron que huir a refugiarse con los ammonitas. Es posible que se sumaran entonces a la rebelión de ammonitas y moabitas contra los babilonios que Nabucodonosor logró sofocar. Algunos historiadores piensan que la tercera deportación mencionada por Jeremías, cinco años después de la segunda (cf. Jr 52,30), y de la que no se tienen noticias por ninguna otra fuente conocida hasta ahora, pudo estar motivada por el interés de los babilonios por alejar de esas tierras a un grupo de gente que seguía causándoles problemas.

Mientras tanto, los personajes importantes que quedaban en Judá no comprometidos en la conjura, y que se habían librado de la matanza por no estar en Mispá, entre los que estaba Jeremías, ante la inestabilidad de la situación, tuvieron miedo a represalias de los babilonios y huyeron a Egipto (cf. 2 Re 25,26), obligando al profeta a acompañarlos (cf. Jr 42 y 43).